

Yámana: los Primitivos más australes de la Tierra

Al sur de la Isla de Tierra del Fuego, separado de ella por el Canal Beagle, se extiende en el Océano Pacífico el Archipiélago del Cabo de Hornos, país de los "yámana".

Desde la tortuosa península Brecknock, por el oeste, donde el mar golpea con estruendo, las costas isleñas ventosas y frías prolongan sus roqueríos emergiendo cada vez más imponentes hasta el corazón de la gran isla Hoste (*Usin*); hacia la isla Nueva (*Shúnushu*), al extremo este del archipiélago, las alturas bajan progresivamente en suaves lomajes y los litorales redondean sus orillas. Allí, las aguas, aunque siempre expuestas a fuertes ventoleras, son más tranquilas. Las islas Wollaston (*Yékusin*), albas y negras de hielos y peñones, continúan más al sur su lucha de siglos con la bravura austral del Pacífico. La Cordillera de Los Andes, al norte del Canal Beagle (*Onashaga*), tras domeñar el paisaje cae al estrecho Le Maire para luego emerger airosa en la Isla de los Estados.

Es bellissimo este archipiélago chileno. Árboles aislados que alargan sus brazos en la dirección de los vientos. Bosques de canelos y robles donde el chilco puntea de campanitas rojas la espesura. Prados de coirón, turbales ocre y verdes, riachuelos transparentes que culebrean desde los sillares de granito donde la nieve y el glaciar derriten su blancura. El sol, entre nubarrones y tempestades, muy esquivo al oeste, entrega con frecuencia su luz y su calor en el otro extremo. Vuelan las aves marinas y terrestres por millares, desde el majestuoso *cayelij*, albatros (*Diomedea exulans*), hasta el minúsculo *tutu*, chercán (*Troglodytes aedon chilensis*). Zorros, guanacos, chungungos, son los principales mamíferos terrestres. En las aguas la inmensa ballena (*wapsa*), la orca voraz, delfines, lobos marinos, (*wala*), sierras, róbalo, sardinas y rayas; centollas, erizos, cholgas y mauchos, entre muchas otras especies, pueblan los canales, bahías, roqueríos y fondos marinos.

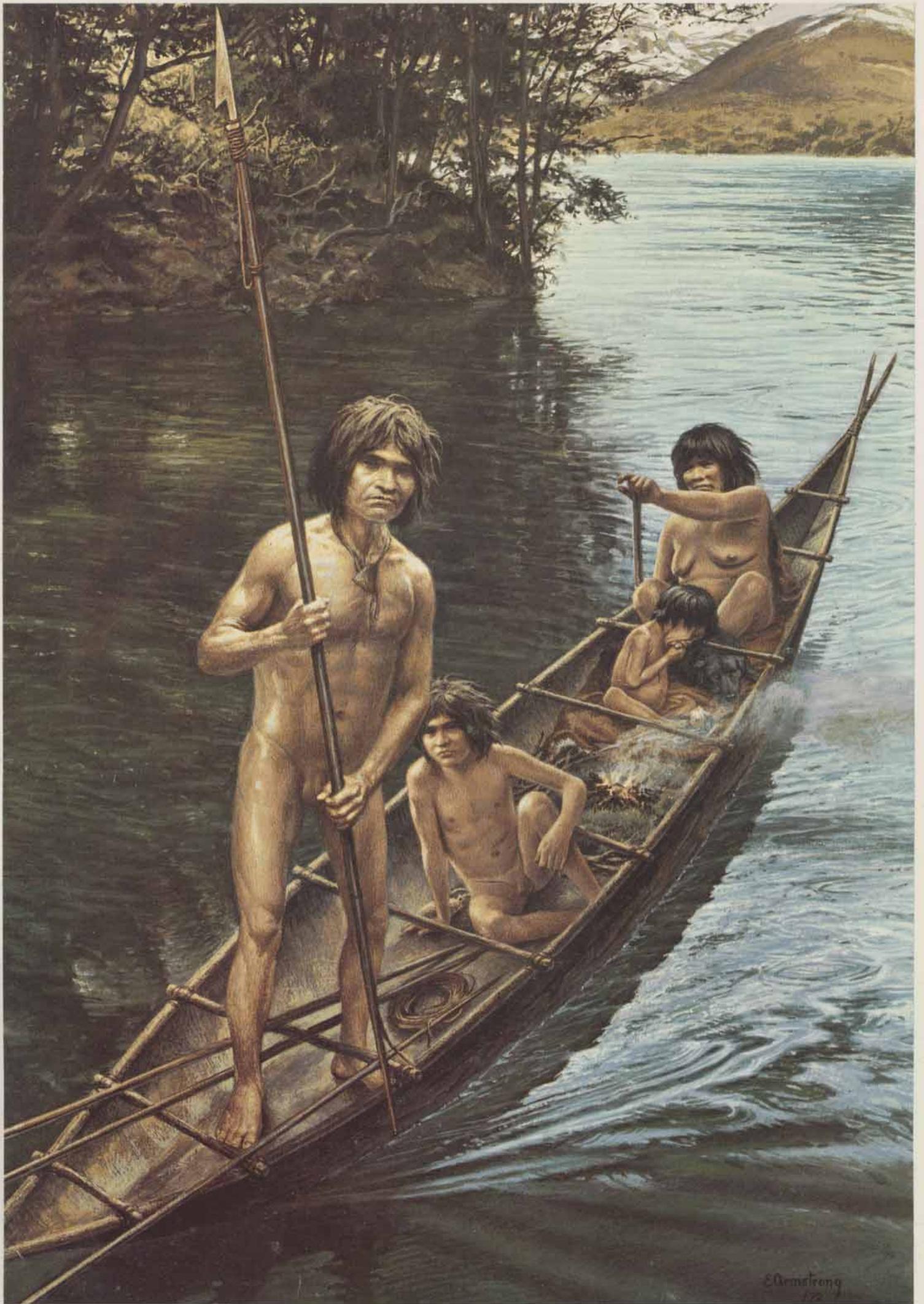
El hombre dominó, con los medios más primitivos y desde milenios, esta naturaleza moldeada con frío, viento, nieve y sol. No fue siempre el mismo. Muchos pueblos se sucedieron. En los yacimientos, las capas más profundas nos indican que los más antiguos eran diferentes a los habitantes recientes. Estos últimos se autodenominaban *yámana*. Presentes en todas las riberas del archipiélago, aún hoy, ya casi extinguidos, nótanse las huellas de sus *ukurj* —pequeñas viviendas rodeadas de con-

chales— desde y hacia donde, en continua búsqueda de comida, navegaban prodigiosamente en sus livianos *anan*.

En estos vastos litorales vivían cinco grupos marcadamente independientes, diferenciables no sólo por el propio ámbito geográfico, sino también por dialectos diferentes y algunas peculiaridades determinadas por la alimentación. Los habitantes de las islas occidentales constituían el grupo *Inalumáala*, dedicado de preferencia a la caza de lobos marinos (*Otaria flevescens* y *Arethrocephalus australis*), y del chungungo (*Lutra felina*). En las islas situadas al sur de la isla Hoste, *Usin* en lengua primitiva, estaban los *Ilalumáala*, y en la región del Canal Murray (*Yagashaga*), los *Wakimáala*, el grupo central. En el extremo oriental de la isla Navarino (*Wala*), vivían los "Halumáala", de mayor estatura y agilísimos en el uso de la flecha. Por fin, en las solitarias Wollaston (*Yékusin*, grupo de numerosas islas), moraban los feroces *Yekusimáala*, temidos por el resto de los *yámana*. Al Canal Beagle, límite natural de su territorio, lo llamaban *Onashaga*, canal de los *ona* (gente del norte).

Ambos pueblos eran enemigos. Los *yámana* se desplazaban libremente por las islas del Canal, pero a su costa norte, *Onaisin* (tierra de la gente del norte), atracaban sólo en invierno y comienzos de primavera, épocas en que la Cordillera de los Andes, cubierta por hielo y nieve, impedía a los nómadas *haush* y *selknam* (ambos *ona*) deambular por la costa. En los encuentros los *yámana* llevaban la peor parte, pues sus contendores, gigantescos flecheros, eran más diestros y veloces en tierra. Por otra parte, a los *selknam* les apetecía comer productos marinos, mas eran torpes en su búsqueda, por lo cual la presencia en su tribu de una mujer *yámana* solucionaba el problema. La conseguían mediante el ataque imprevisto y el rapto, a menudo acompañado del asesinato de los varones.

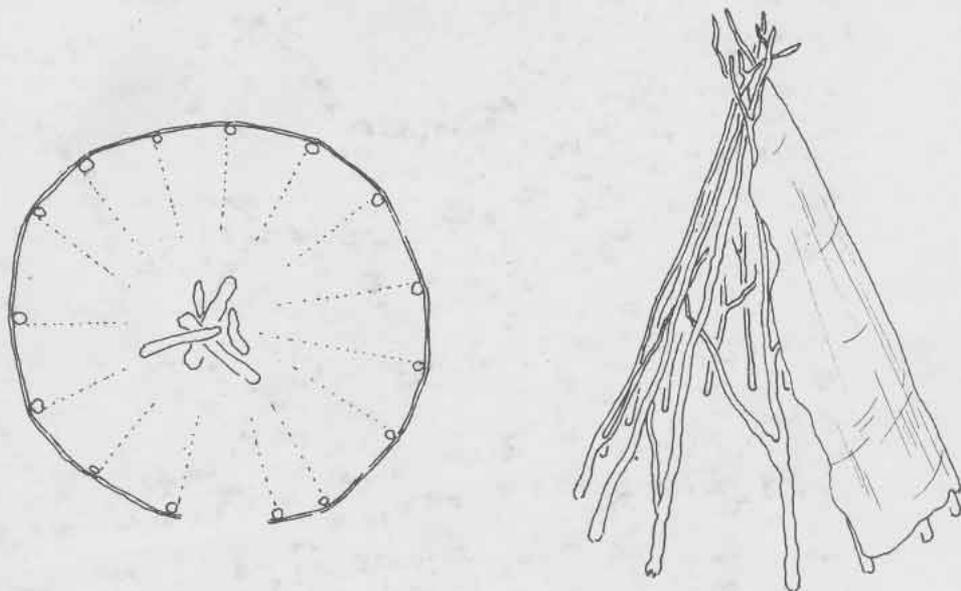
Para estos seres humanos la canoa, *anan*, constituía la vivienda durante la mayor parte de su vida. Eternos navegantes, magníficos marinos, sus pequeñas mujeres de 1.49 m. de altura media, eran quienes preferentemente bogaban. El hombre, 1.58 m. como promedio de estatura, al acechó en la proa del *anan*, provisto de arpones, flechas y honda, cumplía su papel de proveedor de carne a la familia: aves, peces, elefantes y lobos marinos. Confeccionaban a veces con piel de chungungo, un pequeño taparrabos para los adultos y una capita que cubría



E. Armstrong
1872

Lámina III

Familia *yámana*, habitante del Archipiélago del Cabo de Hornos, al sur del Canal Beagle. Vivía gran parte de su vida navegando en livianas canoas de corteza, llamadas *anan*.



Ukurj, cabaña *yámana*. Dibujo esquemático.

poco más de la espalda. Acurrucados dentro del *anan*, no necesitaban mayor protección. La lluvia, la nieve o el viento helado no atormentaban sus cuerpos desnudos de ancho busto, vigorosos brazos y cortas piernas.

Pueblo de leyendas y tradiciones, de pedagogos y sabios, de sencillos artífices, arriesgados cazadores y recolectores incansables, tenía una visión de sí mismo, de las relaciones entre los hombres y frente a su mundo, centrada en la presencia de Dios, *Wataineiwa*, de quien se sabían sus hijos. Cada familia tejía su vida independientemente con el continuo navegar, recalando en alguna de las mil caletas donde la abundancia, la tempestad o la noche se hicieran presentes. Los contactos entre diferentes familias estaban condicionados por una regla básica: "Nosotros, hombres y mujeres, ante todo debemos ser buenos y útiles a la comunidad". Desde la infancia hasta la muerte, acompañaba al *yámana* este principio aprendido de los mayores en el hogar y perfeccionado en el *chiejáus*. Esto último era el período de iniciación de la pubertad, verdadera escuela de formación del carácter y las costumbres, como asimismo aprendizaje de todas las técnicas para enfrentar a la Naturaleza. Esta institución fundamental es el centro de la cultura *yámana*. Su realización ceremonial configuraba un gran acontecimiento en la vida personal y comunitaria. Alegremente acudían los participantes, algunos tras varias jornadas de viaje, a un sitio prefijado tras meses de contactos y acuerdos entre los más conocidos jefes de familia. *Gualaia* parece haber sido el sitio preferido por el grupo central de los *Wakimáala*. Cada tres a cinco años se efectuaba un *chiejáus*.

Arriba la familia, el hombre sentado en la proa de la canoa, entre vítores de quienes los han precedido. Si no hay un buen sitio para atracar, la esposa, después de haber remado incansablemente durante el trayecto, se echa al agua para aproximar el *anan*; los perros la acompañan nadando; luego transporta a tierra a su marido, a los niños pequeños, y al fuego cuidado por los menores durante el viaje, sobre arena y champas, en el centro de la embarcación. Hará lo mismo con las pieles, alimentos y utensilios. Todo el hogar ha llegado en la canoa. Cuando ésta no puede ser varada una vez descargada, la mujer la conduce al rompeolas de algas, howash, muy abundantes en toda la orilla. Terminado el desembarco, la fa-

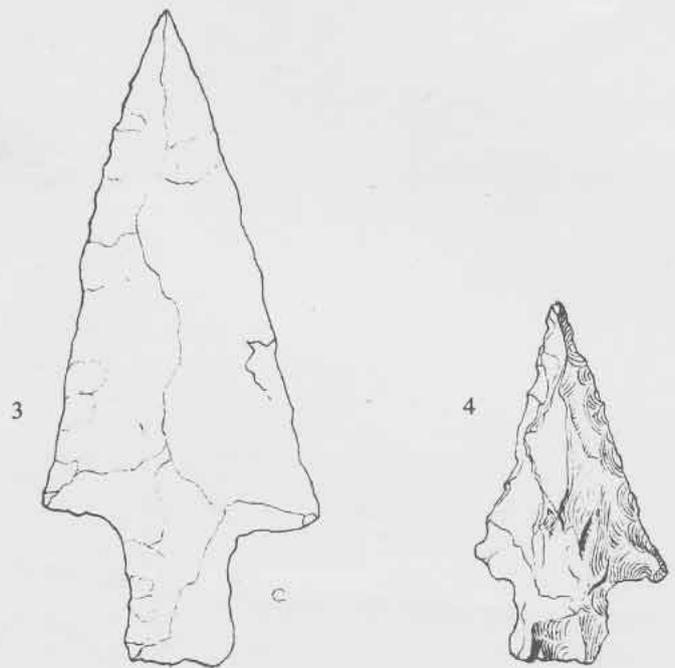
milia elige un lugar apropiado, próximo a las demás cabañas, para construir el *ukurj*. El marido se interna en el bosque en busca de leña y ella corta varas adecuadas para la construcción.

El *ukurj* consiste en un cono de palos de roble clavados en un lugar parejo y apoyados unos con otros en la cúspide. Esta armazón se cubre con pieles de foca, ramas y champas de pasto, dejando el vértice sin obstruir para que pueda escurrir el humo del fogón. Los carbones encendidos, tan cuidadosamente transportados, se colocan al centro de la habitación. Queda sin tapar un orificio entre dos palos a modo de puerta, a ras del suelo, de no más de 80 centímetros de altura y otros tantos de ancho. Los niños ayudan en el acarreo de los elementos, pero es la madre la que lleva la responsabilidad y el peso de la construcción. Rápidamente el *ukurj* está terminado. Habrá entonces tiempo para visitas, ayudas y para enterarse de los acontecimientos y preparativos.

Mientras tanto los mayores se han puesto de acuerdo sobre una serie de decisiones importantes relativas al encuentro, que sin tener una fecha fija de término, podría prolongarse hasta por cinco meses: quién será el maestro de ceremonia, sus ayudantes, los candidatos de ambos sexos a la iniciación y sus padrinos, y el lugar donde se levantará la gran cabaña o *marna*. La magnitud de ésta dependerá del número de personas que deba cobijar: maestros, padrinos y discípulos. La base será un óvalo alargado de por lo menos ocho metros de largo y tres de ancho; la altura bordeará el metro setenta. Los palos, vigorosamente clavados en tierra, se entrecruzan formando una bóveda muy resistente, abierta en sus dos extremos por sendos accesos que permiten ingresar a gatas.

Todo, salvo las entradas, se cubre de abundante ramaje. Mientras dura la construcción, el vigilante elegido para el efecto, tocado con un cerquillo de plumas blancas, pintado su rostro y cuerpo de blanco y bermellón, se encarga de ahuyentar con fortísimos gritos, aspavientos y amenazas, a los niños y a las personas que no ingresarán al "*marna*". En esta forma va creándose un clima de expectación, sobre todo en los que por primera vez participarán en la ceremonia.

Uno a uno los padrinos elegidos por los padres de los candidatos con la anuencia del director, silenciosos y en actitud recogida ingresan al *marna*; sentados, sin dirigirse la palabra ni



distraerse, se concentran durante horas esperando estoicamente el momento decidido por el maestro, en el que los jóvenes podrán ingresar al recinto.

Los traen amarrados, tirándolos. Algunos alumnos tratan de huir, entonces los ayudantes del vigilante los transportan en vilo a pesar de sus protestas y llantos. Los padres, deseosos de que sus hijos se formen rectamente, jamás se oponen a los rigores de la enseñanza. Nadie podrá casarse si antes, por lo menos una vez, no ha pasado por las pruebas de la iniciación.

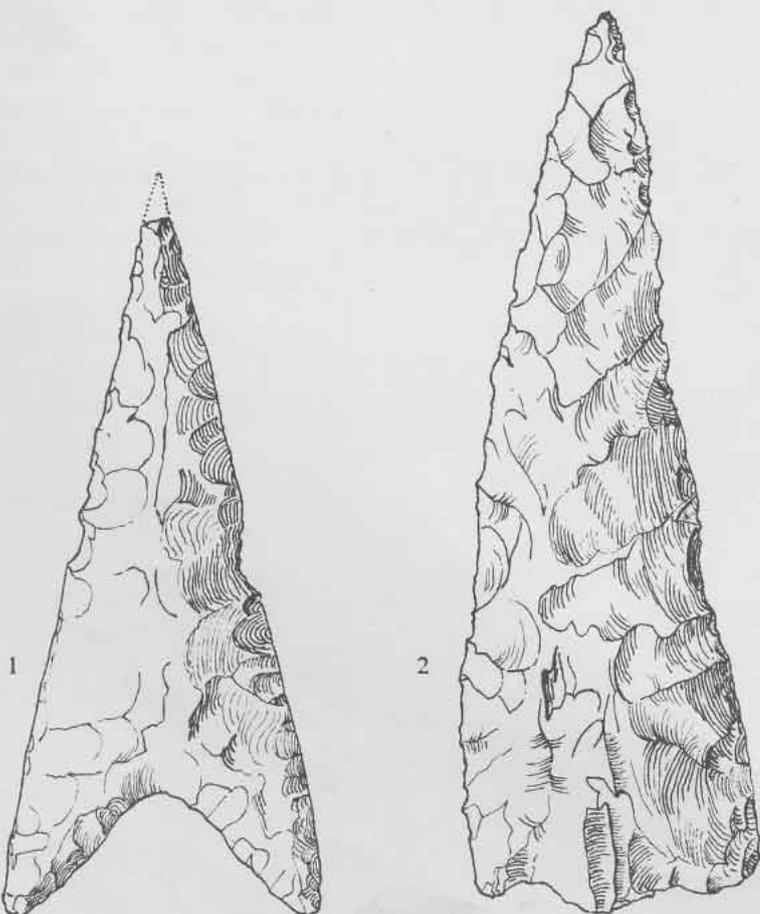
A medida que van ingresando al *marna* una gritería recibe a cada postulante, Hay que ahuyentar al espíritu maligno que aherroja a cada joven. Este por su parte, aterrorizado, transpira de miedo.

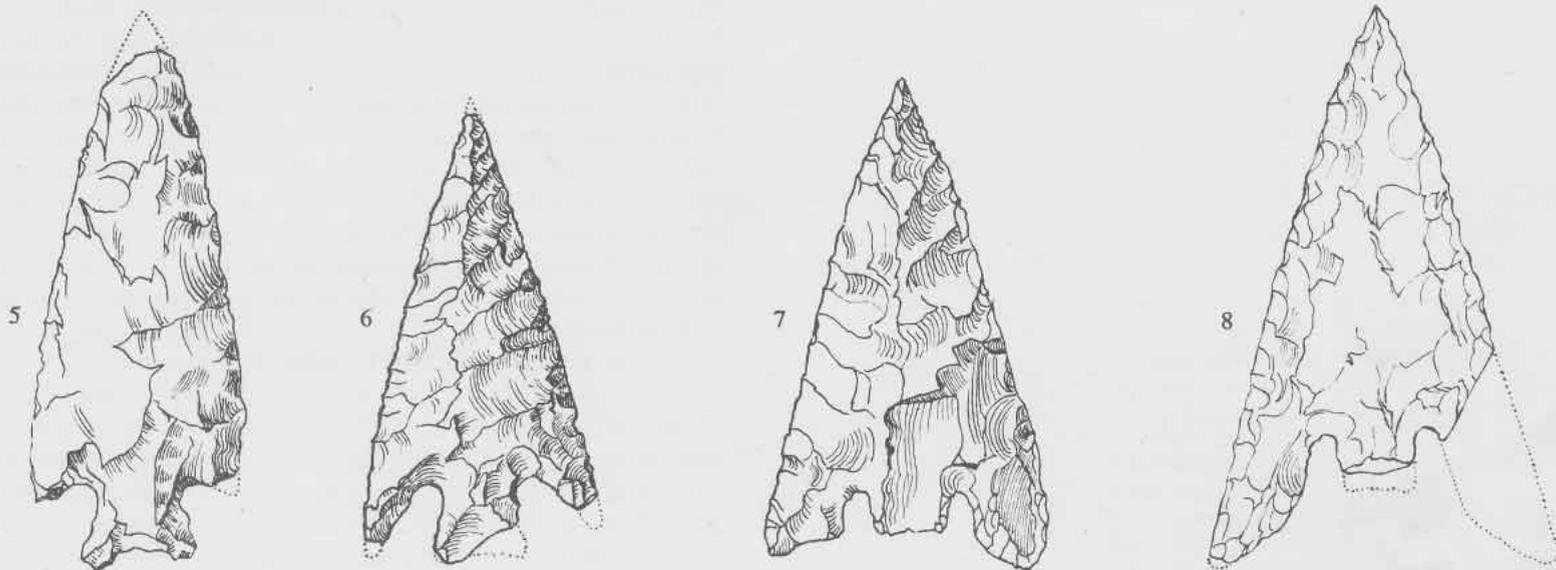
A lo largo de los muros, los padrinos reciben a sus respectivos ahijados, quienes se encucillan dándoles la espalda. El mismo sitio asignado deberá ser ocupado por el postulante mientras dure la ceremonia. A un lado los jóvenes asesorados por un hombre y una mujer; al frente las jovencitas asesoradas por dos mujeres. Al centro y a lo largo, se encienden fogones que ya no se apagarán. Toda la comunidad permanece en función del *chiejáus*. Toda la comunidad se beneficia cuando sus miembros son alumnos aprovechados.

Quienes no se desempeñan como padrinos y alumnos están prontos a cualquier ayuda. Mientras tanto, cuidarán a los niños pequeños en el distante grupo de cabañas familiares.

Se aquietan los gritos. Ingresa, solemne, el maestro tocado con un cintillo de albo plumón, pintado todo su cuerpo de blanco con algunas rayas coloradas transversales en el rostro, pecho y piernas. Del techo cuelgan tablillas pulidas de madera, punteadas de rojo; los palos del armazón están decorados también con puntos y rayas negros, blancos y rojos. Todos los presentes han ornamentado rostros y cuerpos con finos lunares y líneas de colores.

Por primera vez para algunos, se escucha con tanta autoridad y solemnidad la vieja máxima de conducta oída desde la infancia: "Nosotros, hombres y mujeres, ante todo debemos ser buenos y útiles a la comunidad". El maestro se encucilla sobre el piso recubierto con una alfombra de ramas de canelo y ñire, ubicándose a un costado del centro del *marna*. Todos están pendientes de su boca. Ha comenzado la iniciación de la pubertad.





Su mirada acalla las últimas voces e impone, hasta en los más inquietos y atemorizados, una profunda y reverencial expectación. Ha sido elegido por su sabiduría, prudencia y conocimiento de las artes de la navegación, la caza y las relaciones humanas. Debe conocer profundamente las tradiciones y costumbres y además sobresalir por su agilidad y actividad.

El último *marna* se construyó en *Assif*, Puerto Mejillones, en la isla Navarino, en abril de 1923. Allí se celebró, poco antes de la extinción casi total de la raza, el último *chiejáus*. Su director se llamó *Masémikensh*, el postrer maestro en la historia *yámana*. Martín Gusinde, único iniciado *úshipin* (extranjero) que haya participado en las ceremonias de este pueblo primitivo, nos ha transmitido sus maravillosos secretos:

“Cada cual debe tener autoridad sobre su cuerpo y sobre cada uno de sus miembros. Si aprendes bien esto, has sido un buen alumno.

“Ahora estás en las ceremonias de iniciación como un aspirante. Debes quedarte aquí hasta que todo haya concluido. Tú no debes actuar ni moverte libremente como los que están ahí afuera. Aquí tienes que obedecer a todas las personas mayores. Sigue íntegra, fielmente y con buena voluntad todos los consejos que vamos a darte”.

El fuego chisporrotea. Mientras tanto, los padrinos han comenzado sus funciones. Obligan al aspirante a mantenerse todo el tiempo en cuclillas, los brazos cruzados sobre el pecho, el tronco erguido, la cabeza inclinada hacia abajo. Al menor descuido vendrá la reprimenda.

Tras las pláticas del maestro, continúan horas de silencio sin moverse del sitio asignado. Se debe reflexionar sobre los consejos recibidos. El campamento se impregna de un espíritu de meditación y recogimiento.

Llega la hora de la comida. La traen las mujeres encargadas de la cocina ceremonial. Abundantísima. Pero sólo para los mayores. Los alumnos deben contentarse con una cholga o un erizo y un poco de agua. Los padrinos pueden continuar comiendo en sus viviendas si así lo desean; los postulantes, inmóviles, esperan.

Todo está previsto, todo el tiempo distribuido. La tarde se va oscureciendo. Aseo personal. Después, reunidos en un prado vecino, escuchan al inspector, un anciano de aspecto agradable y que cuenta con el respeto general. Amonesta, corrige suavemente, vigila que todo se cumpla de acuerdo a lo planeado.

Entrada la noche, siempre en silencio, para los jóvenes llega la hora de dormir. Deberán hacerlo en la misma postura encucillada y bajo severa vigilancia.

De madrugada, tras cinco horas de escurridizo sueño, comienza la actividad febril y el duro aprendizaje. Un puñetazo del padrino despierta de súbito al ahijado. Lavarse, peinarse, arreglar su sitio en el *marna*. Los aspirantes se adornan el rostro con trazos blancos que parten radialmente de los párpados inferiores. Luego,

Yacush, puntas de flecha y de lanza *yámana* (tamaño natural):

- 1, 2, 8 Río Douglas (*Asalaiacu*).
- 3 Puerto Toro (*Afluruwaia*).
- 4, 7 Puerto Mejillones (*Assif*). Isla Navarino (*Huala*).
- 5, 6 Estrecho Murray (*Yagashaga*).



nuevas horas de inmovilidad, la vista en el suelo, recordando las palabras del maestro el día anterior. Un padrino cuenta un chiste. Los mayores lo celebran ruidosamente. A la menor sonrisa del alumno, no habrá comida para él ese día. Alguien coloca un coleóptero en una de las espaldas desnudas; un solo movimiento, aunque sea el arqueado de una ceja, significará la privación de alimento al día siguiente. Los padrinos obligan a sus ahijados a caminar erguidos con dignidad, la cabeza inclinada, la vista en tierra. Horas de inmovilidad. Días sin pronunciar palabra. Semanas sin sonreír. Meses sin ver a la madre, al amigo, a la hermana. Los iniciados avanzan trabajosamente hasta que una primera etapa de dominio personal quede afianzada. Cualquier reincidencia en una falta trae castigos cada vez mayores. Se introducen variaciones en las actividades. Días enteros, del alba al crepúsculo, los presentes cantan a coro. Danzan imitando a la gaviota, *quevacu*, al martín pescador, *akemakaia*, al zorro, a la centolla, *ushtacalush*. A veces las voces no se interrumpen ni siquiera durante la noche.

A las horas establecidas, vuelve el maestro.

"Lo que aquí pasa ante tus ojos, mantenlo sólo para ti; no lo cuentes a nadie de afuera". La prohibición se dirige en primer lugar contra toda divulgación a los niños, cuyo respeto y temor al *marna* deben permanecer hasta la edad conveniente.

"Aquí se te dice: sé aplicado en tus trabajos; ejecuta rápida y gustosamente tus deberes. Levántate temprano todas las mañanas, pues entonces estarás siempre dispuesto para todas las necesidades.

"Muéstrate respetuoso con las personas mayores. Ayuda a los huérfanos. Lleva algo de comer a aquellos enfermos que no se puedan levantar y continúa haciéndolo así en lo que reste de tu vida.

"Si encuentras en tu camino a un hombre ciego, acércate a él y pregúntale: "¿Dónde vas?" El te lo dirá. Quizás comprendas que se ha equivocado. Entonces dile inmediatamente: "Has errado el camino". Agradecido te contestará: "Pues me he perdido". Entonces pregúntale: "¿Dónde quieres ir para llevarte?" El te responderá: "¡Quiero ir a mi cabaña!" Cógelo enseguida de la mano y llévalo allá. No lo dejes seguir caminando si estaba equivocado. No te burles de él; si tartamudea y está torpe, no te sonrías ni pienses: "El no me ve". Cógelo amablemente de la mano y llévalo a su cabaña. Los demás te alabarán al hablar de ti y dirán: "Aquel que está allí es bueno".

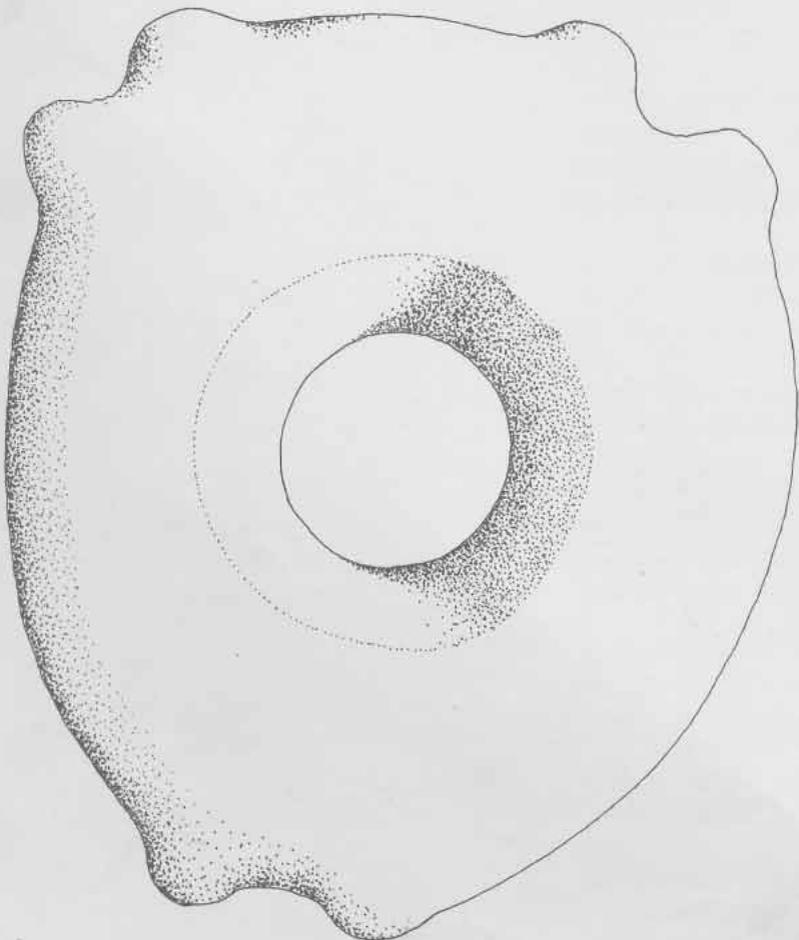
"Atiende mucho a tus parientes y si alguno viene de lejos, acógelo enseguida en tu cabaña. Entrégale lo que necesite.

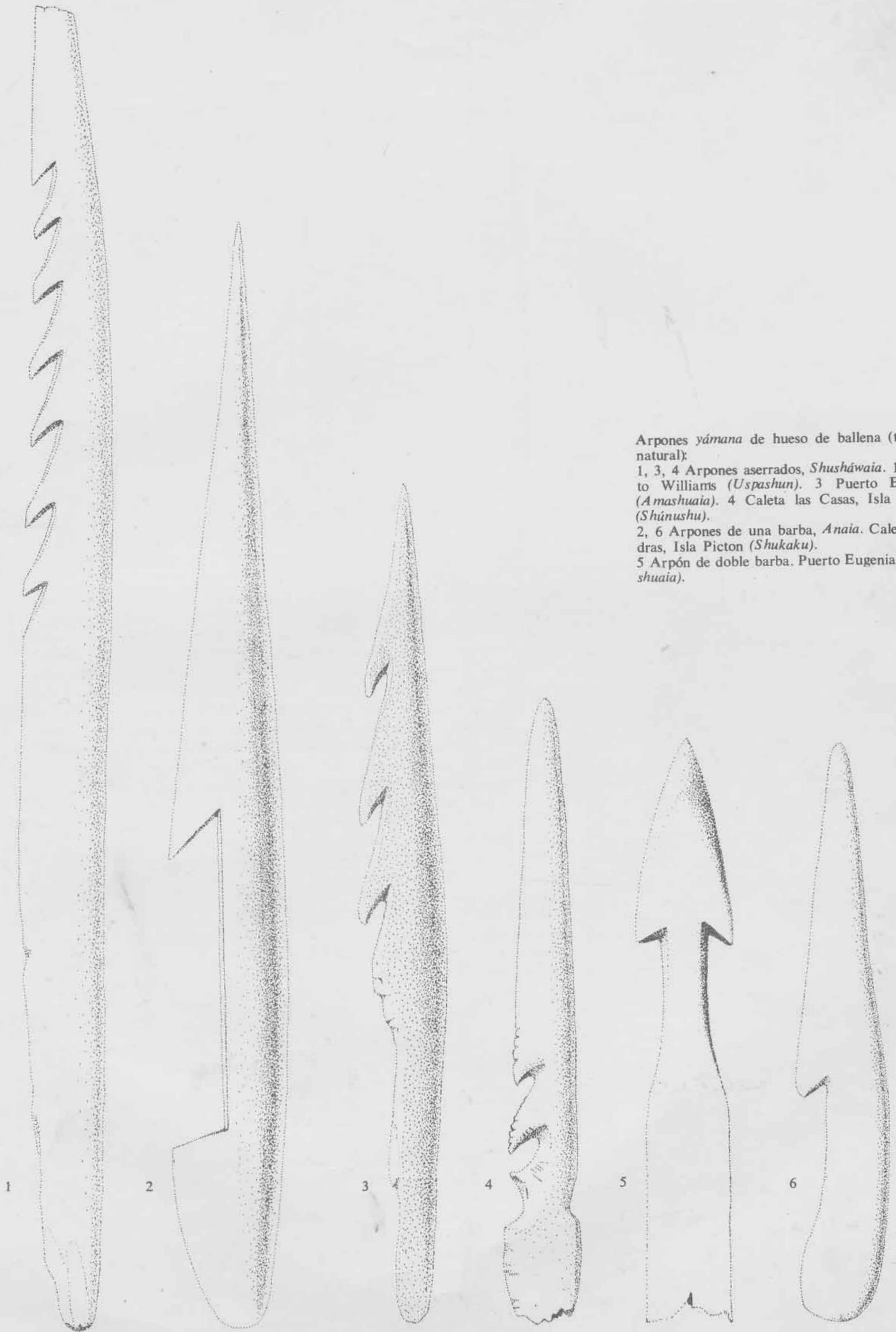
"Puede ser que vayas de visita a una cabaña y un hombre se encuentre enfermo en el lecho. Seguramente necesitará alguna cosa y por ello te dirá de inmediato: "Yo quisiera aquello que está colgado en la pared". Levántate al momento y alcánzale lo que desea. El no te quería mandar, por eso te lo ha expresado así, en ese delicado gesto. Pero ese hombre lo referirá por todas partes y dirá de ti: "Aquel es un hombre bueno". Dondequiera que vayas después, la gente hablará elogiosamente de ti, diciendo: "Este es bueno". Te acogerán y atenderán con gusto".

Para poner en práctica los consejos y aprender efectivamente a servir a la comunidad y a las familias o personas más necesitadas, de continuo mandan a los aspirantes a buscar leña, asear las cabañas, recolectar alimentos y repartirlos sin dejar nada para sí, siempre bajo el ojo atento de sus tutores. No una sino múltiples veces.

A medida que pasan los días aumentan los ejercicios y aprendizajes. Los más diestros artífices enseñan a los varones la confección de instrumentos de caza: el arpón aserrado, *anaia*, para la obtención de peces; el gran arpón, *shusháwaia*, para abatir a los lobos marinos y a los grandes cetáceos. El más pequeño, para la nutria y el delfín. La enseñanza se imparte con

Piedra horadada de uso desconocido (tamaño natural). Puerto Eugenia (*A mashuaia*).

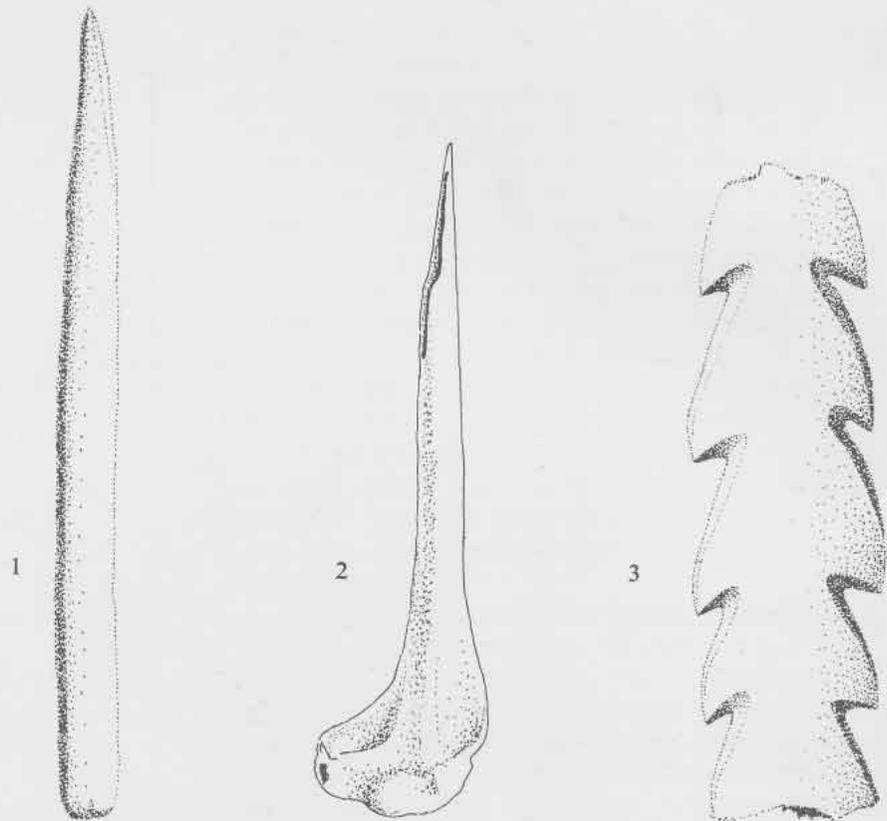




Arpones yámana de hueso de ballena (tamaño natural):

- 1, 3, 4 Arpones aserrados, *Shusháwaia*. 1 Puerto Williams (*Uspashun*). 3 Puerto Eugenia (*Amashuaia*). 4 Caleta las Casas, Isla Nueva (*Shúnushu*).
 2, 6 Arpones de una barba, *Anaia*. Caleta Piedras, Isla Picton (*Shukaku*).
 5 Arpón de doble barba. Puerto Eugenia (*Amashuaia*).

- 1 Formón de hueso (tamaño natural). Puerto Eugenia (*Amashuaia*).
 2 Lezna de hueso de ave marina (tamaño natural). Caleta Teca, Isla Nueva (*Shúnushu*).
 3 Arpón de hueso de doble corrida de dientes (tamaño natural). Puerto Toro (*Afluruwaia*).



prolijidad: cómo pulir las astillas de hueso de ballena; cómo hacer las muescas con filudas conchas; cómo unir las al asta de roble que debe estar canteada con precisión, mediante hilillos de tripas. Una y otra vez se repasan los ejercicios. Cuál piedra permite confeccionar las mejores puntas de flecha, *yacush*. Los arcos de madera, las hondas de cuero de foca, las diversas trampas para cazar el kimoa, caiquén, o al *alucush*, pato quetro; las piedras, redes y pértigas para los peces y las centollas; una canoa con sus aparejos. Todo tiene que estar hecho finamente. Cada hombre debe ser, no sólo capaz de elaborarlo todo él mismo, sino también diestro en su uso. Sólo así será útil. Por eso, luego de la confección se pasa al ejercicio prolongado.

Mientras tanto las niñas aprenden a encender el fuego con pirita y plumillas de ave o ciertas maderas muy secas. Cómo armar el toldo, las técnicas de navegación, a bucear en lo profundo en busca de mariscos, a nadar con cualquier oleaje. Las mujeres más diestras en la confección de cestillos y redes dirigen a sus alumnas en la técnica del tejido, desde la elección de los juncos a la impermeabilidad de una trama. Son mil detalles; son muchas las situaciones que enfrentarán solos, hombres y mujeres. Deben estar preparados.

Todos los días se dedican algunas horas a los consejos y a la meditación. El maestro ocupa otra vez su sitio y, en medio del silencio, sus orientaciones se graban profundamente:

“Cuando te cases, ayuda a tu mujer en todo; tráele leña y agua. Auxíliala en sus trabajos, pues eres hombre y tienes más fuerza.

“No te pongas a escuchar lo que hablan los demás hombres y mujeres de ti. Tampoco curiosees acerca de las ocupaciones de los demás. Si lo haces, también curioseará tu mujer. Este proceder no agrada a los *yámana* y da origen a murmuraciones. Si tu mujer te viene con chismes, no les des importancia.

“Si vienen muchos visitantes a tu cabaña y tienes poco para obsequiar a todos, atiende primero a los forasteros.

“Cuando alguno te dijere palabras fuertes y te insultare, no te lances enseguida a la pelea. Al contrario, retírate y no digas nada a nadie. Después habla a solas con aquel que te ofendió, cuando los dos estén tranquilos.

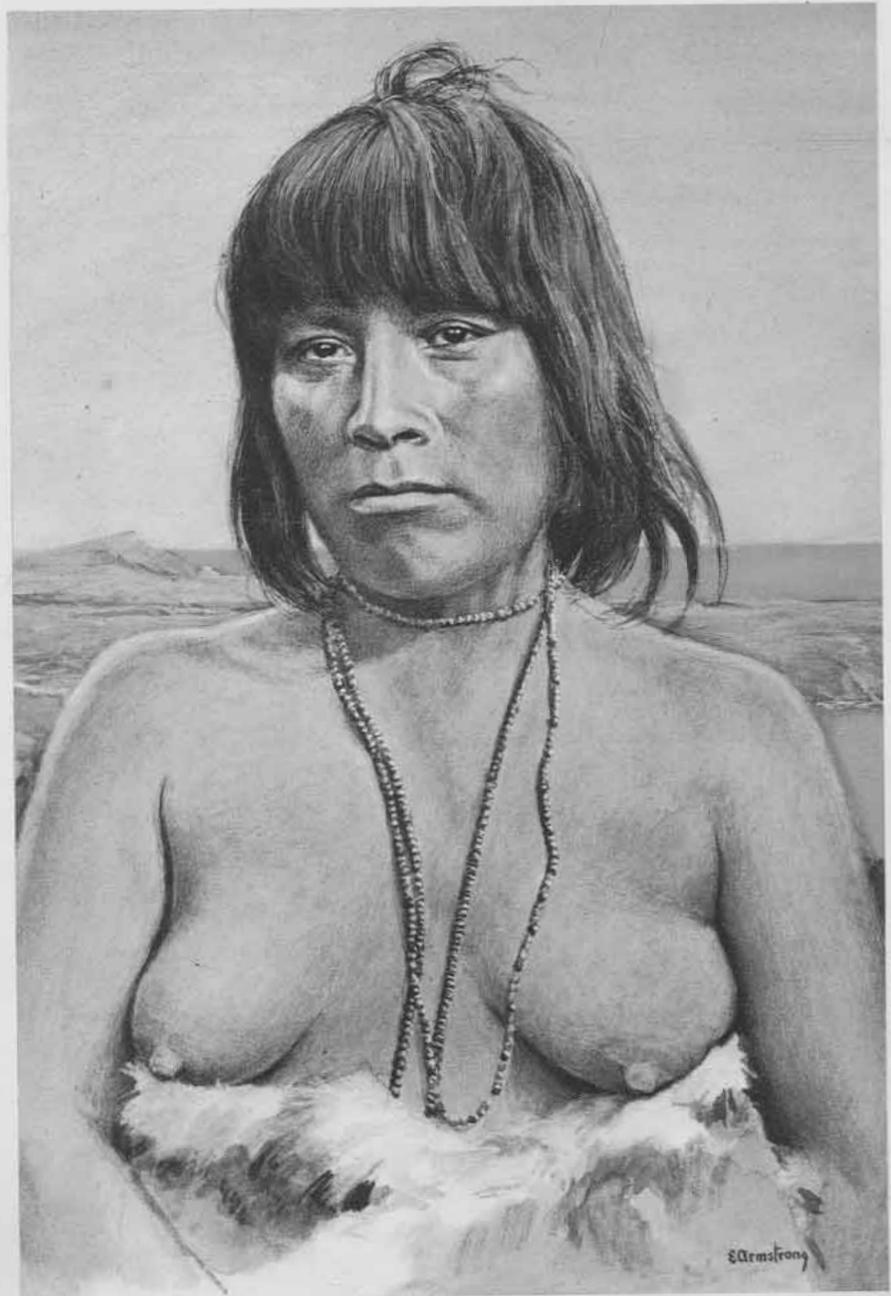
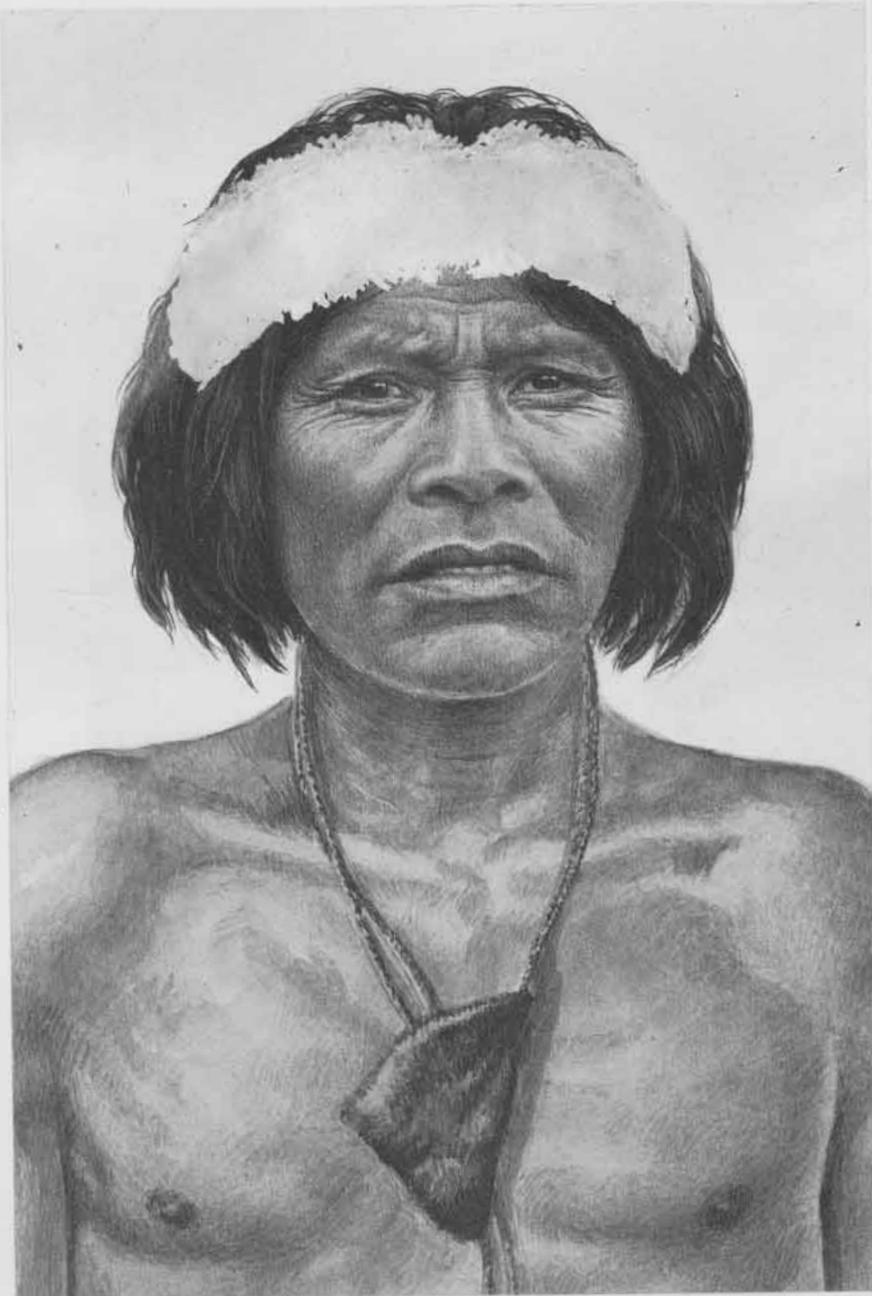
“Si entras a una cabaña, siéntate decentemente con las piernas cruzadas. Mira a todos con amabilidad. No te dediques sólo a una persona y no vuelvas a nadie la espalda. Sobre todo, no hagas visitas con mucha frecuencia.

“No hurtes nada a nadie, mucho menos a los enfermos e impedidos. Si te falta algo, pídeselo a tu vecino.

“Piensa que los demás también tienen un corazón con sentimientos humanos y sienten igualmente el dolor. No olvides nunca que a nadie agrada que hablen mal de él.

“Una vez más te recomiendo que jamás olvides estos consejos. Todas las mañanas acuérdate de ellos y acomoda tu conducta del día a los mismos”.

Láminas IV, V
Hombre y mujer *yámana* (ilustraciones incon-
clusas).



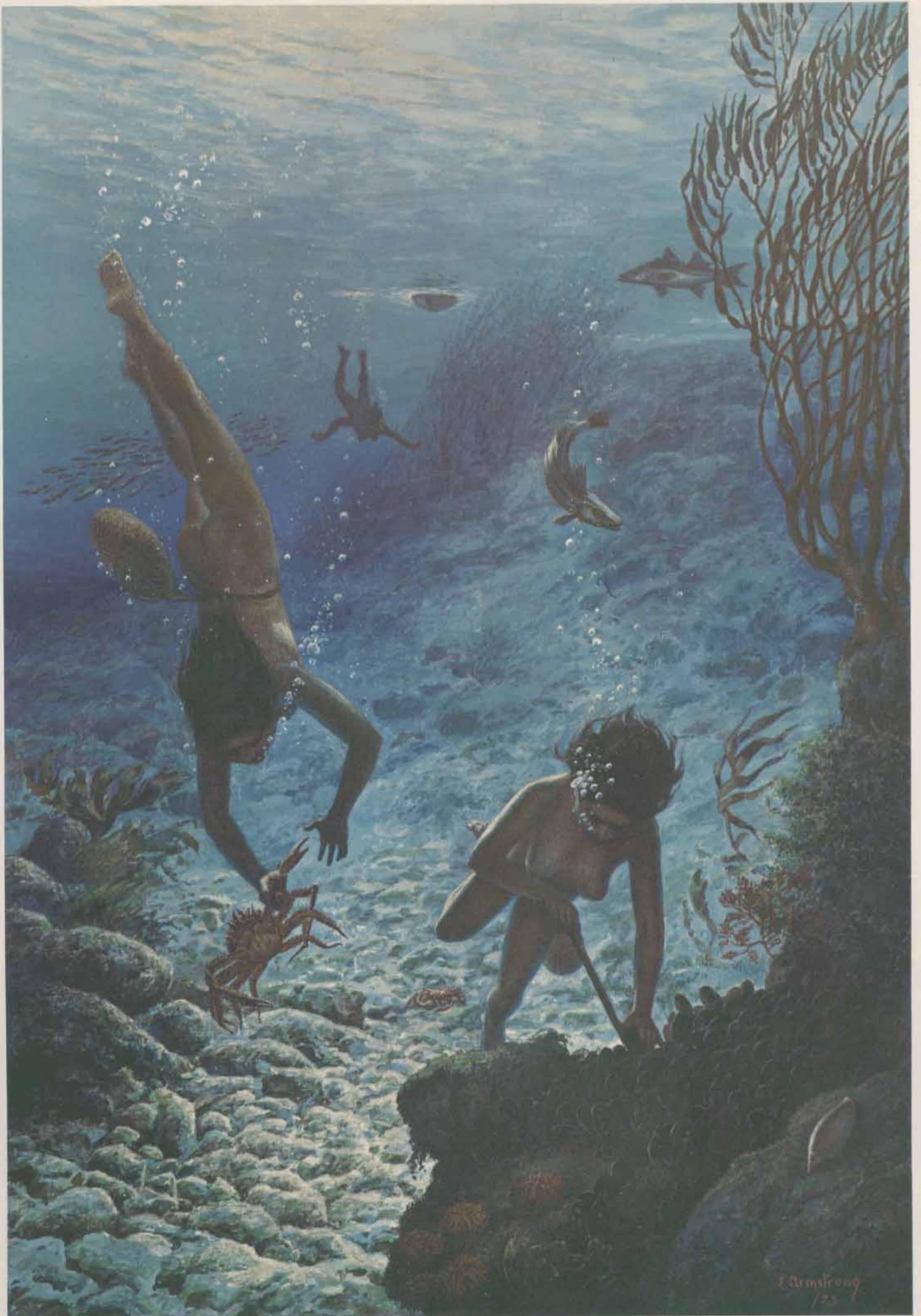
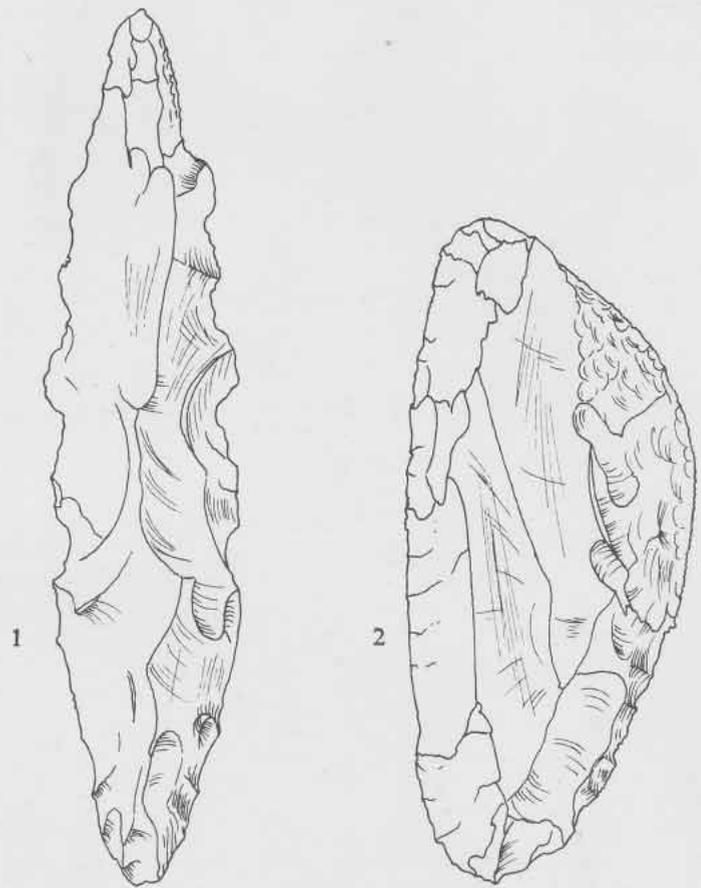


Lámina VI

Mujeres *yámana*, ágiles buceadoras, durante la recolección de mariscos. Provistas de un cesto y espátulas de madera o hueso permanecían largo rato bajo las heladas aguas.



1 Punta lítica (tamaño natural). Puerto Eugenia (*Amashuaia*).

2 Cuchillo de piedra (tamaño natural). Caleta las Casas, Isla Nueva (*Shúnushu*).

Transcurren los días; varían los horarios; se modifican los programas; se repasan las lecciones. Los oportunos cambios mantienen siempre atentos y renovados a los alumnos. Al crepúsculo se recuerda a los antepasados. Otro día se narran las antiguas leyendas, el origen de ciertas costumbres, la curación de las enfermedades. Llega el momento en que se habla con mayor profundidad sobre *Watauineiwa*, Dios, Principio de todas las cosas, constante compañero de triunfos y penurias durante toda la vida. *Hidábuan*, mi Padre, el gran Espíritu puro, siempre presente como único poder. Hay más de doscientas formas de llamarlo.

“Todo lo que en estas ceremonias pasa ante ti, no ha sido invención de los *yámana*; todo proviene de *Watauineiwa*. El ha enseñado a nuestros predecesores cómo debemos celebrar las ceremonias de iniciación a la pubertad. Nosotros nos ajustamos lo más posible a ello, pues está siempre vigilando”.

La vida diaria del *yámana*, desde pequeño, está referida a Dios Todopoderoso, y ante cualquier necesidad o aun sin ella, el *yámana* se dirige con palabras sencillas a *Watauineiwa*: “Gracias”, “Séanos propicio”.

La tradición se hace hábito en los educandos. Transcurren los meses. La comunidad cuenta con nuevos miembros útiles. Comienzan a manifestarse los naturales deseos de continuar la vida nómada independiente de cada familia. Se prepara un gran banquete de carne de lobos marinos, delfines, pescados, centóllas y mariscos. Regocijo general. A cada alumno, aliviado de tanta tensión, el maestro le regala un tubito de hueso de ave para sorber el agua y una varita puntiaguda de hueso de ballena para rascar las picaduras de los piojos. Ambas cuelgan del cuello.

Canciones suaves y colectivas imprimen a la despedida una alegre nostalgia. Cada familia con algo de tristeza se aleja en su *anan*. Al término de la ceremonia pueden quedar concertados algunos matrimonios. Con fumarolas se indicará en su oportunidad la fecha del acontecimiento. Permitirá una nueva reunión, aunque más reducida.

Hombres y mujeres enfrentarán, renovados, la soledad y las aventureras cacerías y búsqueda de alimento, acompañados por *Watauineiwa* y el poderoso respaldo del último *chiejáus*.

Esto es algo de aquel maravilloso pueblo, representante de los más primitivos seres humanos que han poblado la Tierra.

¿Por qué desaparecieron?

Loberos, nutrieros y balleneros de todas las nacionalidades llegaron a sus caletas y, al mismo tiempo que arrasaban con las loberías, los chungungos y las ballenas, algunos, de paso, se apoderaron de sus mujeres. Otro tanto hicieron ciertos buscadores de oro. La obra comenzada con las balas, continuó con la sífilis, el sarampión y la tuberculosis. El alcohol finalizó la tarea. No bastó que los bondadosos misioneros anglicanos trataran de detener el mal. Un pueblo tan puro y tan primitivo, no tuvo defensas para enfrentar la “civilización”.